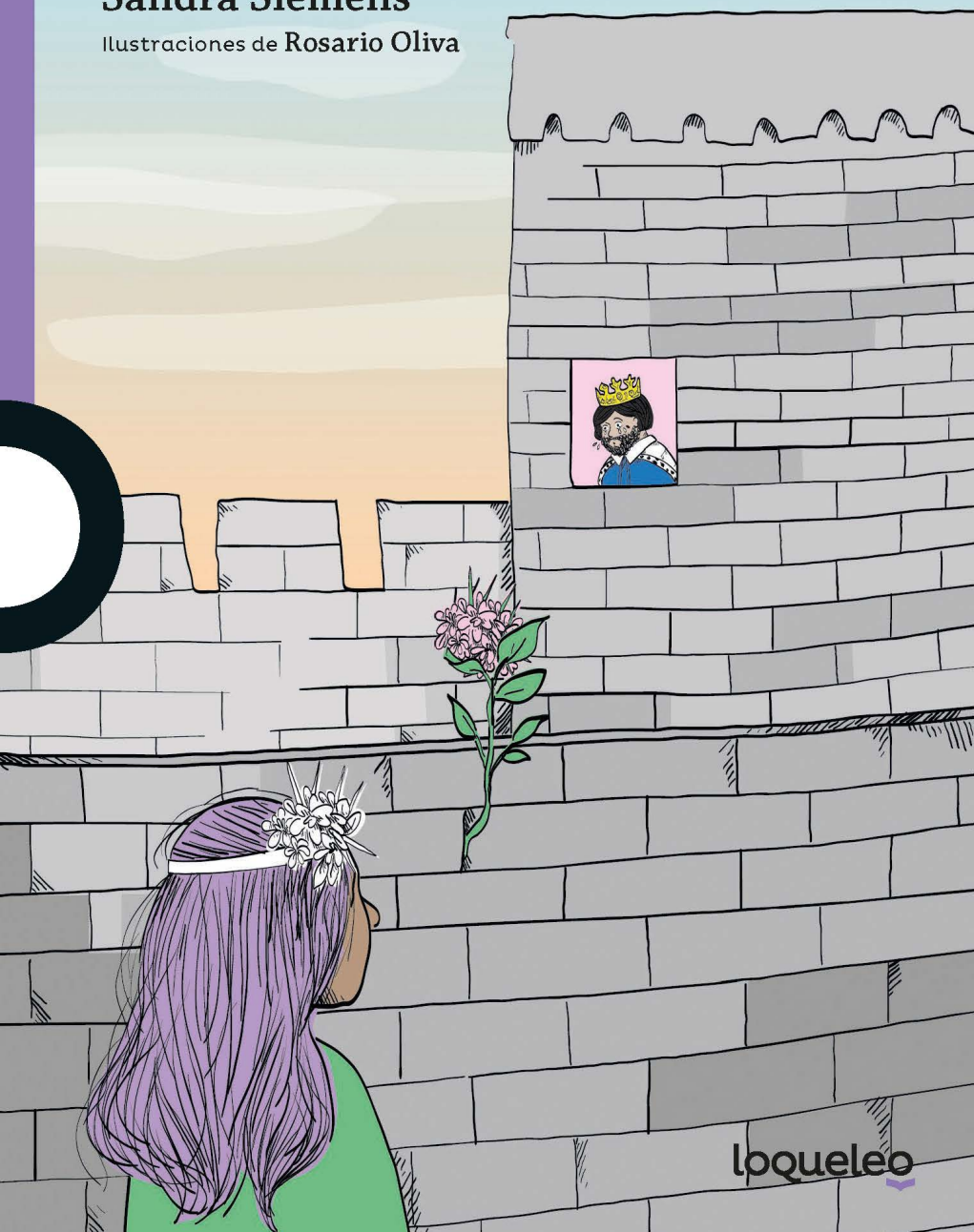


La muralla

Sandra Siemens

Ilustraciones de Rosario Oliva



Una mañana Froilán, el rey llorón, se despertó aterrado porque había soñado con *los otros*.

Cuando se despabiló un poco, ni se peinó, ni se lavó los dientes, ni se ajustó la corona. Bajó llorando a moco tendido las altísimas escaleras y fue directamente a la sala de reuniones.

—¡Que vengan de inmediato todos mis generales! —ordenó sonándose la nariz.

En un abrir y cerrar de ojos todos los generales estuvieron allí.

—¡Quiero que hagan más alta la muralla! —ordenó el rey.

—¿Cuánto más alta, majestad?

—¡No sé! —lloriqueó el rey—. ¡Mucho! ¡Y quiero que la alarguen también!

—¿Cuánto, majestad?

—¡No sé! —lloraba el rey—. ¡Mucho! ¡Mucho! ¡Quiero que sea muchísimo más larga!

8 Cuando los generales se fueron con el encargo de hacer la muralla mucho más alta y mucho más larga, el rey Froilán lloró más aliviado:

—Ahora sí... —volvió a sonarse los mocos—. ¡*Los otros* no podrán pasar!

Froilán, el rey llorón, no había sido el primer constructor de la muralla. 9

Apenas uno entraba al palacio, se encontraba con un cuadro enorme del abuelo del abuelo del abuelo del rey Froilán. Era el rey Brocardo, que, con una cara de espanto que daba miedo, estaba poniendo la primera piedra de la muralla.

El reino del rey Brocardo era inmenso. Tenía campos verdes por todas partes. Y ríos luminosos. Y bosques perfumados.

Había magníficas ciudades dentro del reino. Y el palacio del rey era el más espléndido del mundo. Desde cualquier ventana se

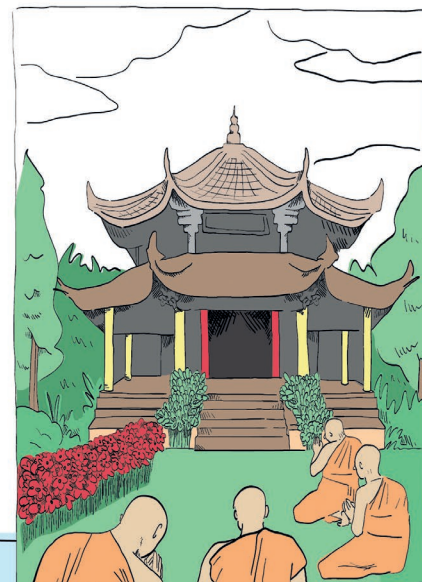
podían ver los campos verdes y los ríos luminosos y los bosques perfumados.

El rey Brocardo estaba casado con la reina Amadís, que era muy religiosa y se pasaba todo el día de rodillas, rezando y rezando.

10 Un día en que la reina Amadís miraba por la ventana, vio que había *otros* que le rezaban a un dios diferente del suyo. ¡Qué miedo le dio!

—Brocardo, querido —dijo la reina—, no permitas que *los otros* nos contaminen con sus rezos.

Y el rey Brocardo, después de mucho pensar, decidió que lo mejor era construir una muralla para que esos *otros* que le rezaban a un dios diferente no pudieran entrar al reino.



12 El hijo del rey Brocardo, el rey Albino, era más blanco que un fantasma.

Al verlo caminar por los largos pasillos del palacio, a muchos les entraba la duda: ¿Era el rey? ¿O era el fantasma del rey?

Y más de una vez, para no quedarse con la espina, los que pensaban que era un fantasma intentaban atravesarlo con la mano. Pero lo único que conseguían era darle a su majestad un flor de sopapo. Porque el rey Albino no era un fantasma, era pálido, nada más.

El rey Albino se casó con la princesa Clara y tuvieron una hija, la princesa Nieves, que era más blanca que la leche.

Un día, la princesa Nieves miró por la ventana y vio que en la calle jugaban unos niños con la piel negra como la noche. Cuando los niños vieron que la princesa los miraba, sonrieron mostrando sus blanquísimos dientes. ¡Ay, qué susto se llevó la princesa!

El rey Albino, entonces, ordenó que alargaran la muralla para que todos los que tuvieran la piel de un color diferente se quedaran del otro lado.

13